

¿HACE FALTA UN PROGRAMA O UNA IDEOLOGÍA?

Guillermo Ariza

Desde un punto de vista que privilegie la afirmación de la condición nacional, hoy cuestionada tanto desde lo interno como desde lo externo, hacen falta tanto un programa como una ideología, pero son cosas distintas y sobre todo no hay que confundir uno con la otra. En esta afirmación se resume nuestra respuesta al interrogante que da título a este capítulo. Dedicaremos las páginas que siguen a intentar explicarlo.

La confusión entre programa e ideología ha contaminado históricamente tanto la práctica política como la aproximación que desde las ciencias sociales, humanas o del comportamiento se ha hecho sobre esa actividad cambiante, que convencionalmente llamamos *política*, que es invisible en su sustancia pero no por ello es menos concreta, pues sus efectos se proyectan tanto a la materialidad de la vida en común como a la propia escala de valores, creencias y hasta a los sentimientos comunitarios.

En efecto, haber hecho pasar ideología por programa y programa por ideología ha sido, probablemente, uno de los factores de nuestro subdesarrollo político. Del primer error cabe preguntarse si no ha sido la falla subyacente de los grandes movimientos políticos argentinos, en particular de los dos que surgieron durante el siglo XX, el yrigoyenismo y el peronismo, que independientemente de su rico contenido social (en cuanto expresaban amplias alianzas sociales con un fuerte contenido transformador), no superaron en sus formulaciones teóricas más que un amplio conjunto de ideas y aspiraciones, cuando no sólo un compendio de saberes compartidos, y con ello sustituyeron la necesidad de contar con un proyecto a mediano y largo plazo formalizado en un programa de gobierno. Del segundo error, haber convertido un programa en una ideología, quizá valga preguntarse si no ha sido una de las razones del aislamiento en que cayó el desarrollismo argentino, en tanto movimiento heredero de la

gestión del gobierno de Arturo Frondizi (1958-62), al experimentar la escasa receptividad a sus propuestas entre sus compatriotas, pese a la evidencia –al menos para sus participantes– de que a mediados de la centuria pasada había suficiente margen como para desenvolver una política de desarrollo nacional independiente.

La respuesta a estas presunciones escapa al objetivo de este pequeño ensayo, destinado a llamar la atención sobre la necesaria diferencia que existe entre la ideología y el programa de gobierno que –de aplicarse en la Argentina– nos pondría en marcha hacia una sociedad menos fragmentada que la que se registra en la situación presente. Esta circunstancia, a la que consideramos indeseable, es de algún modo heredera del consenso, fuertemente experimentado en nuestras dirigencias políticas y sociales, de que la cuestión programática no es realmente importante y que en todo caso es algo a resolver cuando se llegue al poder o se avizore su cercanía, y que no tiene realmente relación con la forma en que ese poder se alcance. Es decir, advertimos en la política argentina una tensión entre *forma* y *contenido* que arroja como resultado una suma de equívocos y confusiones esenciales.

Si la razón de ser de la política es la de combinar acciones colectivas en función del bien común, no puede serle indiferente la materia misma sobre la cual ella se lleva a cabo, y con ello se realiza. De otro modo, asistimos a lo que en los hechos está expuesto a la vista de cualquier observador desprejuiciado: una mera puja por alcanzar y retener un poder que invariablemente se escapa de las manos al no construir su base de legitimidad porque se ha reducido a una técnica, que constituyen un conjunto de prácticas opresivas más o menos ostensibles.

I. La ideología como equívoco

El conjunto de explicaciones que brinda toda ideología actúa como justificación de conductas y su reiteración convalida una suerte de estatuto, es decir, un cuerpo de normas implícitas que mantienen a la sociedad funcionando. La ideología nos tranquiliza, nos consuela y permite que todo siga siendo como está, más allá de su manifiesta desolación o injusticia. Para la *izquierda*, ello se deberá a la maldad y voracidad intrínseca de la burguesía (tanto la local como la internacional), que modela una sociedad de explotación y sometimiento, y ante la cual no cabe sino una resistencia moral, y en la práctica una aceptación de las reglas del juego. Para la *derecha*, la falta de educación, autorespeto o sana ambición en los sectores sumergidos de la sociedad, impide que los ciudadanos adquieran conciencia de sus derechos y obligaciones. Ambas simulaciones desembocan en lo mismo: nada puede ser cambiado, salvo en forma módica y, quizás, episódica.

Al no fundarse en una demostración racional que ponga al desnudo tanto las contradicciones como los mecanismos de reproducción de la estructura de poder, la ideología funciona como una explicación mágica e inapelable. Por ejemplo, la extendida creencia de que *los pobres están en esa condición porque no quieren trabajar*, se choca con la lógica y la experiencia, sin embargo esa *certeza*, no requiere demostración y es asumida como evidencia, es decir, como aquello que no admite duda y que *es tal cual se piensa*. Si no fuese así, con la sola toma de conciencia por parte de los sectores más desfavorecidos sobre la inexorabilidad de su condición, la *situación* se podría volver inmanejable para el poder. Los sumergidos están sometidos a una relación de fuerzas que los condena a permanecer como están, pues han sido sistemáticamente desalentados en su elemental aspiración de vivir una vida mejor a través de una inserción productiva. Para ellos, en el actual esquema, sólo hay lugar para la mendicidad, la delincuencia, y una rebeldía sorda, el resentimiento, que puede en ocasiones desembocar en una rebelión inorgánica que casi siempre conduce al fracaso y es reprimida, cuando no se articula con una estrategia de modificación de la relación de fuerzas sociales¹.

La ideología, como relato y representación de lo real, está eximida de la obligación de la coherencia y no se aparece a la conciencia sino como *algo que se sabe*, enraizado en el cuerpo de prejuicios e impermeable a toda verificación.

Funcionando de este modo, la ideología no es otra cosa que una cortesana del poder. Ella sirve al eje del mando justificando los hechos y las acciones destinadas a ejercer ese poder, y, sobre todo, mantenerlo y reproducirlo. Y este mecanismo se observa aun en las expresiones ideológicas de perfil contestatario, que terminan siendo la prueba en sentido contrario de las *verdades* tal cual las transmiten las ideologías dominantes con un gran abanico de matices.

La vaguedad de las formulaciones ideológicas hace a su sustancia de *velo* que enmascara los hechos, interpretándolos y al mismo tiempo sacralizando conclusiones. Y en la Argentina, la fuerte presencia de explicaciones de corte ideológico, que siempre presuponen lo esencial sin exponerlo a la confrontación, explique probablemente la ausencia de debates que caracterizan a las democracias consolidadas.

II. Las vertientes se funden

Las grandes corrientes ideológicas argentinas formadas durante el siglo pasado se han licuado al punto de constituir una serie vaga de enunciados

¹ Al respecto, se puede repasar *El arte de la insurrección*, en el segundo volumen de la Historia de la Revolución Rusa de León Trotsky.

donde ocupan lugar relevante cierta defensa del sistema democrático como mecanismo formal de elección de los gobernantes, por un lado, y un no menos genérico sentimiento “nacional” que confunde esa condición con la presencia estatal, constituyendo así un verdadero galimatías, por el otro. Este último aspecto del panorama ideológico argentino se ha constituido en un núcleo generador de confusiones con graves consecuencias en las decisiones prácticas tanto de la acción de gobierno como de su debate político.

El radicalismo ha visto descender su incidencia electoral paralelamente al olvido de lo sustancial del funcionamiento democrático, cediendo el reclamo de “calidad institucional” a otros –opinólogos y ONGs– protagonistas de la vida pública. Su rechazo visceral al conocimiento de la ciencia económica, lo hace presa de ambigüedades y, en definitiva, lo lleva a caer en manos de “técnicos” que le aconsejan aplicar políticas económicas que tienden en lo esencial a administrar la estructura actual sin introducir cambios sustanciales (v.gr. el Plan Austral, durante la gestión alfonsinista, luego de que naufragara el equipo tradicional, o la convocatoria a López Murphy, ciertamente fugaz, y a Cavallo, por De la Rúa, en gesto desesperado que a pesar suyo liberó al país de la figura del fogoso economista mediterráneo pues de otro modo hubiese quedado como opción de recambio para apagar el incendio que él mismo había provocado desde años antes).

El peronismo, desde siempre más pragmático (aunque consideramos al pragmatismo la más pedestre de las ideologías y por lo tanto más versátil que otras), navega con la corriente. Luego de anunciar una “revolución productiva” que se impulsaría con un “salariazó”, acompañó la gestión cavallista durante el menemato explicando las bondades de la convertibilidad y hoy podría decirse que encarna asimismo su oposición con idéntico entusiasmo.

Al peronismo se lo pretende encerrar desde siempre en el discurso populista (para tranquilidad, entre otros, de los comentaristas panamericanos con sede en Miami), pero se independiza una y otra vez de ese cliché en razón de que este movimiento, a pesar del oportunismo de sus dirigentes, no ha perdido su vínculo esencial con las capas profundas del pueblo trabajador, y encuadra lo que queda de población sindicalizada y variados segmentos sociales. Pero falto de una organicidad que en vida garantizaba su fundador, tampoco tiene un pensamiento renovado en materia económica. Decenas de centros y fundaciones nacen, viven y vegetan en su seno, al compás del financiamiento que logren conseguir del sector público, sin que ello impida, tampoco, que sus técnicos terminen seducidos por las modas sucesivas que llegan a estas playas. Sólo la persistencia en la lealtad al ideario justicialista por parte de las masas politizadas (y hoy fuertemente confrontadas con los movimientos piqueteros) impide que tal

derrotero en la dirigencia peronista termine por dispersar a su base, que sigue votando bastante unificadamente. Esa coherente conducta social y política termina centrifugando del peronismo a quienes quieren “conducirlo” hacia algo ajeno a sí mismo, aun cuando la tolerancia de las bases suele ser enorme. El mayor riesgo en el peronismo, sin embargo, está dado por un deslizamiento hacia un “nacionalismo popular” más formalista que de contenido, algo contra lo que el propio fundador del movimiento advirtió más de una vez, pero que ahora no está presente para corregir el rumbo. La tendencia a confundir la nación y lo nacional con el Estado y lo estatal, lleva a un debilitamiento de la fuerza transformadora que el peronismo contiene.

El socialismo, recuperadas sus raíces sanitaristas y vecinalistas, ocupa un lugar en el espectro de las ideologías políticas, manteniendo una inserción capitalina y santafecina que puede convertirse en opción, y ampliando el prestigio que obtuvo con la buena administración municipal de Rosario, ciudad tradicionalmente proclive a reconocer y premiar la gestión de sus mejores intendentes. Cuando se asoma a los problemas nacionales, el socialismo no ha producido aún algo distinto de la reiteración del ideario republicano: control del Estado, cooperativismo, honestidad en el manejo de la cosa pública (algo importante al dejar atrás la mancha que significó el manejo del Hogar Obrero), todas virtudes necesarias e imprescindibles, pero manifiestamente insuficientes para constituir un programa de reconstrucción nacional. Es quizás la corriente ideológica que más se ha mantenido parecida a su esencia. Como tal, tiene mucho para aportar a la reconstrucción de la Argentina, pero deberá revisar en su propia inspiración y en la experiencia de otros países para aportar ideas innovadoras capaces de articularse en un programa concreto que asuma el desafío de la producción, un tema que en la visión liberal debe quedar al margen de las preocupaciones oficiales y, en esto, el socialismo no se ha despegado aún de sus coincidencias primigenias con el liberalismo.

Asumimos que el socialcristianismo nunca logró cuajar del todo como expresión política con identidad propia, y ello se debe muy probablemente a que su ideario está encarnado de hecho en otras fuerzas políticas, en particular en el peronismo bajo la forma de reivindicar la “justicia social”. Sin embargo, reaparece una y otra vez como una voz, una presencia, una necesidad de articular la raíz cristiana de la cultura nacional con la gestión de la cosa pública. Olvidada ya la impronta elitista y antiperonista que tuvo en sus orígenes, en los años cincuenta del siglo pasado, como partido Demócrata Cristiano, tiene una larga trayectoria de encuentro y convergencia con el justicialismo, al que ha acompañado en frentes y coaliciones muchas veces. Si no logra constituirse como fuerza partidaria, no por ello deja de existir como una manifestación que enriquece el panorama político y que, por ahora, está más expresado por las

actitudes que suelen asumir voceros de la Iglesia Católica, no siempre bendecidos por la jerarquía.

III. La paradoja desarrollista

El desarrollismo, vertiente en la que se reconoce el autor de estas líneas, se ha llevado mal en la Argentina con lo que se entiende por esa denominación en la historia de las ideas latinoamericanas. Esta última fue en los sesenta y setenta del siglo pasado la ideología de los organismos regionales, empezando por la CEPAL y su gran mentor Raúl Prebisch, y se plasmó en no pocas recomendaciones de expertos y funcionarios internacionales para los países del continente.

En nuestro pasado, en cambio, el pensamiento desarrollista está profundamente influido por gestión en el gobierno de Arturo Frondizi (entre 1958 y 1962, cuando fue derrocado por un golpe de Estado) y que contó con Rogelio Frigerio como su principal inspirador y ejecutor. Es claramente divergente del desarrollismo “cepaliano”, que pese a considerarse *estructuralista* desembocó siempre en recomendaciones comercialistas para corregir las desigualdades mundiales. Los sucesores de Prebisch, alejados de su matriz, se apresuraron en anunciar que la etapa de sustitución de importaciones había sido superada, y ahora no tienen demasiadas herramientas para explicar convincentemente la reactivación de la economía argentina, en un contexto mundial signado por la competencia monopólica.

Por su parte, el pensamiento “integracionista” (así se autodenominaron los fundadores del desarrollismo argentino, convocados por Frigerio entre 1956 y 1958, de común acuerdo con Frondizi) quedó marcado, y luego en cierta forma atrapado en el diagnóstico internacional que entonces realizaron aquellos precursores, quienes explicaron que se afianzaría la coexistencia pacífica encorsetada por la bipolaridad militar entre los EEUU y la URSS, lo cual ocurrió en las décadas siguientes, hasta el derrumbe del sistema comunista. De esa relación de fuerzas, explicaron, derivaba una situación que podía ser aprovechada por los países que entonces tenían fuerte potencialidad nacional, entre ellos el nuestro.

La epopeya –puesto que de eso se trató, en definitiva– del gobierno de Frondizi, ahora fuertemente revalorizado por quienes han sido sus permanentes críticos, tanto desde el populismo como desde el liberalismo, permaneció en el tiempo como la única gestión que aplicó un programa preconcebido, adaptándolo a las cambiantes y difíciles circunstancias políticas que lo acosaron.

A modo de hipótesis para plantear la necesidad de una historia crítica de ese período y lo que luego aconteció a sus herederos, puede suponerse que el éxito del desarrollismo argentino en el gobierno, conseguido en

condiciones políticas muy difíciles debido a los permanentes planteos militares que se retroalimentaban con huelgas revolucionarias y acciones de sabotaje, también bloqueó luego, de algún modo, su actualización como propuesta para un país que a partir de 1962 quedó rezagado en un mundo cambiante.

Todavía en los '90, el desarrollismo sostenía que la prioridad era fabricar acero, extraer y procesar petróleo, ampliar la química pesada, impulsar la fabricación local de maquinaria, tecnificar el campo, construir infraestructura, generar energía "abundante y barata", etc. Sin perjuicio de que aún hoy el país registra atrasos importantes en algunos de estos sectores, los que se han atendido al compás de la articulación de los negocios del Estado con las empresas proveedoras, no se volvió a evaluar el orden de prioridades con criterio general, nacional. El país pasó a ser, en esos años, exportador de hidrocarburos (aunque ahora está en tren de volver a la condición de importador) y es uno de los principales exportadores de caños sin costura, una especialidad siderúrgica no especificada en el programa del '58, aunque en cierto modo resultante de la expansión de las inversiones petroleras y metalúrgicas de aquella gestión.

Es decir, tenemos derecho a plantear la hipótesis de que al *sacralizarse* un programa formulado para responder a una circunstancia histórica se lo convierte en ideología y se aleja, de hecho, del método científico que lo vio nacer.

IV. Contradicciones liberales

El liberalismo es la *bête noire* de este veloz repaso de las corrientes ideológicas con incidencia en esta parte del mundo. Forma parte, como doctrina de la libertad y el respeto a los derechos de la persona humana, de la mejor tradición republicana argentina, pues fueron liberales tanto Belgrano y Moreno, como San Martín y Alberdi². Y, además de Avellaneda, Sarmiento, Mitre y la élite porteña, fueron también liberales los hombres de '80, (Vicente Fidel López, Pellegrini, Roca, Sáenz Peña, Goyena, Estrada) tanto en la versión laicista como en la resistencia católica, que se oponían a que se borrara el rastro cristiano presente en la Colonia y en la Independencia. Los socialistas y los radicales también adscribieron al modelo liberal, es decir... ¡toda una porción sustancial de nuestro proceso de formación de la nacionalidad como cultura e identidad propias!

² El propio Rosas, con todas sus contradicciones y en su condición de caudillo tradicional y dictador, no innovó sobre el modelo pecuario que diseñaron los revolucionarios de Mayo. Tras su caída, la ideología dominante fue el liberalismo en versión federal y después de Pavón fue el credo prevaleciente.

Sólo queda fuera de esta gruesa columna de ancestros argentinos, apenas, la tradición sindicalista y anarquista que trajeron militantes inmigrantes, y las reliquias de pensamiento tradicional que cada tanto asoman en nuestra producción intelectual, con algunos exponentes brillantes en las letras y en el ensayo.

No podemos, en consecuencia, despachar al liberalismo así nomás, como *antinacional*, como estaríamos tentados de hacer si este no fuese un intento de mirar con ojo crítico, en lo que cada uno aporta a la personalidad común, el proceso de constitución y formación del pensamiento argentino. Nuestros liberales perdieron el rumbo cuando el proceso capitalista mundial necesitó dar vuelta la página clásica e instalar lo que no sin audacia se ha dado en llamar la vertiente neoclásica, fuese con sus variantes marginalista y tecnocrática o con sus recitados dogmáticos sobre la bondad de la libre competencia en sus versiones más angelicales. De todos ellos hemos tenido, y tenemos, epígonos locales más o menos representativos.

Fueron los *neoliberales*, fusión de neoclásicos y liberales puros, los que tomaron la posta y se apropiaron del saber, instalando una de las dictaduras conceptuales más inapelables que se hayan conocido en el país. A fin de cuentas, para mostrar algunas contradicciones que abundan en nuestro pasado, ni el propio *tirano* Rosas, pretendió tanto absolutismo del pensamiento, pues una vez agotada la alianza que lo mantuvo muchos lustros en el poder, se refugió en la campiña inglesa, donde se convirtió en *farmer* y donde escribió cartas rampantes contra el comunismo, que asomaba como un fantasma recorriendo Europa (El Manifiesto Comunista es de 1848, cuatro años antes de Caseros, recordémoslo para reflexionar sobre sincronías y asincronías de nuestra historia y su contexto mundial).

Los neoliberales tuvieron su hora de gloria en los '80 y los '90 del siglo XX. Se sentían los dueños de la verdad y se convirtieron en sus pregoneiros, para delicia de la fauna local de aventureros e intermediarios. ¡Por fin una escuela de ideas con cierto prestigio que justificaba todo aquello que se podía hacer en materia de negocios públicos y privados! En contraste con ese exitismo desaprensivo y hablando de las víctimas de tal predominio ideológico, un profesional de mediana edad, o un pequeño empresario, llegaban a convencerse de que se quedaban sin trabajo por su propia culpa, porque eran ellos, y sólo ellos, quienes no se habían sabido adaptar a las nuevas circunstancias y se entregaban sin luchar...

Así también se instaló profundamente en el pensamiento de la dirigencia empresaria la idea de que la "productividad", que en teoría deriva de una virtuosa combinación de progreso técnico, educación e inversión, era sobre todo algo que resultaba de bajar el "costo laboral", es decir el salario de los obreros y empleados. Pocas ideas reaccionarias y simplistas han sido tan dañinas como ésta, y lamentablemente mantiene fuerte vigencia aún

en no pocas cabezas de la burguesía “nacional”, condición esta última que sólo existe cuando se converge hacia un programa común y no es en modo alguno una característica indeleble del empresariado, como está hartamente probado aun cuando sea invocado en más de una ocasión con cierta desfachatez.

V. La izquierda conservadora

Por su tradición europea, nuestra izquierda ha tenido invariablemente desencuentros con la cuestión nacional. El estigma con que se condenó al nacionalismo como una ideología burguesa castró a una gran parte de la izquierda argentina para entender las potencialidades transformadoras del afianzamiento de la condición nacional.

En efecto, tanto el yrigoyenismo como el peronismo constituyeron alianzas de clases con fuerte arraigo nacional. A ambos condenó la izquierda, sin comprenderlos ni, al menos, intentar hacerlo. La solidaridad internacionalista con el proletariado como categoría abstracta (o que, en todo caso, sólo era perceptible como clase en las economías industrializadas) llevó a negar al prójimo, por desarraigado y poco adaptado a la tipología clásica del obrero. La expresión de “aluvión zoológico” provino desde la izquierda, más predispuesta a ver en las clases trabajadoras rostros descriptos por Lombroso que humanos y concretos seres que aspiraban a mejorar su condición social.

Es explicable aunque no justificable que el tema nacional se le pasara de largo a la izquierda sin que ésta llegara a advertir su importancia en la propia resolución de las necesidades sociales. En las economías subdesarrolladas la convergencia de clases y sectores sociales en un programa de cambio de estructuras atrasadas por otras con mayor desenvolvimiento de sus partes y menor dependencia externa para su funcionamiento orgánico, sólo puede hacerse en el marco de una alianza donde el interés común de expandir las fuerzas productivas se sobreponga al impulso disgregador. Para ello, la burguesía tiene que admitir que un mercado interno vigoroso es la base de una inserción mundial provechosa y las clases trabajadoras deben acompañar el proceso de acumulación a escala nacional reclamando su porción y preservando al mismo tiempo la base expansiva y el núcleo de la inversión. No se conocen ejemplos de economías nacionales con salarios altos y mercados internos vigorosos sin que se haya alcanzado al mismo tiempo una importante densidad en la composición orgánica del capital instalado.

La izquierda se canceló a sí misma esta reflexión y se volvió conservadora en su oposición, la que se oxidó como receta antiimperialista y antiburguesa, sin ofrecer alternativas. Desde nuestro punto de vista, ello no constituye una “desviación”, sino un abandono de la fertilidad del

análisis que caracterizó a los fundadores del marxismo, de quienes es un lugar común decir que no eran marxistas, pues no podían serlo anticipándose a sí mismos.

En ese proceso de anquilosamiento, las excepciones son más fáciles de detectar, por su número escaso. El ejemplo más notable lo constituye Juan José Real, expulsado del Partido Comunista Argentino por proponer un acercamiento al “naziperonismo”, convencido como estaba que allí había que buscar a la clase obrera si se quería actuar en su seno³.

También cabe rescatar a quienes se autodenominaron la “izquierda nacional”, corriente que ciertamente cumplió un papel entre los sesenta y los ochenta al sensibilizar a amplios segmentos de la juventud universitaria con el tema nacional, pero que se deslizó hacia el peronismo al no fundar una programática económica que se inspirara en categorías propias, las que se perdieron junto con su repudio al marxismo, digamos, “tradicional” (ya que no podríamos sin error calificarlo de “ortodoxo”). En esta corriente cabe mencionar a Juan José Hernández Arregui, a Jorge Abelardo Ramos, a Blas Alberti y al propio Rodolfo Puiggrós.

La izquierda “nacional” no fue más allá de una propuesta estatizante, (que no es exclusiva de esta vertiente ideológica) que termina confundiendo el desarrollo con el ensanchamiento del Estado sin advertir que cuando el sector público se vuelve elefantiásico conspira contra su propia funcionalidad y es enfeudado por grupos que lo controlan. Estado fuerte, eficiente y con claridad en su misión representativa del interés general de la comunidad no es igual a monumentalidad, y con frecuencia significa lo contrario.

Lo que hemos denominado izquierda “tradicional”, por su parte, sin referirnos con exclusividad al comunismo, quedó fosilizada en su programa reformista agrario y la presunción de que la dependencia argentina del exterior se debe a la voluntad de la “oligarquía vacuna” de permanecer en esa condición. Definitivamente la izquierda en la Argentina no fue industrialista, y se especializó en ser la contracara del país primario que diseñó la generación del '80 sin proponer su superación. En estas condiciones, es comprensible que no sólo no entendiera al peronismo, sino que también lo combatiera.

³ Una recomendación del mismo tipo que aquella fue aconsejada por Stalin a los comunistas españoles una vez terminada la Guerra Civil Española, tal como lo cuenta Jorge Semprún en su famosa *Autobiografía de Federico Sánchez*. El dictador soviético desestimó la guerra de guerrillas como una forma de continuar el combate contra el fascismo, tras la derrota ante el franquismo, e indicó que los comunistas debían trabajar en las organizaciones propias de la clase obrera, aunque se tratara de sindicatos controlados por el odiado y victorioso régimen.

VI. Las consignas exitosas

Los liberales no tienen un programa de desarrollo para la Argentina. Adscriben a recetas universales que deben funcionar en todos los países. Si aplicadas fracasan, ese resultado no se debe a la "bondad" intrínseca de tales recetas sino a los defectos humanos en su implementación, señalándose con frecuencia que se ha sido "tibio" en su aplicación. Esa réplica esconde el terrible mensaje de su implacabilidad. Tales recomendaciones "vienen" (literalmente) alternativa o simultáneamente recomendadas por centros académicos y organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional o los bancos diseñados para impulsar el desarrollo de las grandes regiones continentales en que se divide el mundo, reproducidas hasta el cansancio por sus epígonos locales.

Su descrédito más estruendoso lo han alcanzado con su apoyo a la convertibilidad, programa diseñado en medio de una crisis hiperinflacionaria que se convirtió luego en un objeto sagrado de devoción cuasi religiosa. En esa adhesión irracional estaba implícita la confesión de impotencia de técnicos y dirigentes políticos quienes, no asumiendo la necesidad de un salto cualitativo en la organización productiva, se aferraron al cadáver viviente de un tipo de cambio ampliamente desventajoso para el país.

Para su entronización no actuó sólo una eficiente máquina propagandística, sino que fue necesario pasar por la lacerante experiencia de la hiperinflación, fenómeno en el cual la población sintió que le desaparecía el suelo bajo los pies, lo cual predispuso a las víctimas mucho mejor que grandes "pedagogías" presuntamente representativas del sentido común para la aplicación de una solución ordenadora implacablemente ejecutada.

Pero el terreno había sido previamente abonado. Una pertinaz campaña había convencido a los argentinos de que "achicar el Estado es agrandar la Nación". La sencillez de tal disparate, no evidente por otra parte, y su compleja, por no decir difícil, refutación le hizo ganar enorme terreno en la conciencia colectiva. Ésta, a su vez, estaba también receptiva a una simplificación falsificadora, al venir de una larga experiencia de frustración en materia de servicios públicos y falencia en casi todos los servicios estatales.

Achicar el Estado puede equivaler a su desguace o a redimensionarlo al correcto cumplimiento de sus funciones esenciales. De allí la ambigüedad que explotaba este slogan formulado con la estructura de un silogismo de apariencia sólida.

Pero achicar el Estado fue una meta en sí misma, una necesidad del proyecto trasnacional que identifica en las estructuras administrativas, en una legislación protectora del trabajo y la producción, en la existencia de un funcionariado conciente de sus responsabilidades (esto último como

un riesgo potencial), obstáculos indeseados en su proceso de unificación de mercados sobre los cuales es posible establecer una planificación de mediano plazo (el largo plazo parece ajeno al mundo de los negocios, como no sea más que una visión presuntiva hacia el horizonte lejano).

Tanto éxito alcanzó la difusión de la ideología antiestatista que las estructuras estatales fueron sometidas a fuertes presiones desmanteladoras. Paradójicamente no disminuyó el empleo público, ni cayó demasiado el gasto, puesto que su asignación en realidad se cambiaba de destino, lo cual explica el tipo de achique que se perseguía, que era simplemente el establecimiento de “reformas” (sic) que hiciesen más fluido el dominio del mercado por parte de las corporaciones con capacidad de operación transnacional. Básicamente se trató de privatizaciones y de la eliminación de algunos organismos, tales como entidades reguladoras, aunque se crearon otras cuyas funciones aún se espera ver consolidadas.

Tuvieron éxito, pero no tenían razón, porque no auspiciaron economías nacionales más fuertes ni alumbraron sociedades más igualitarias o equitativas.

El otro slogan que convenció a amplios segmentos de la opinión pública fue el referido a que se debía pasar de una economía “cerrada” a otra “abierta”, es decir practicar la “apertura” en nombre de los sagrados derechos del consumidor. Hizo mella porque fue un procedimiento persuasivo y aplicado con todo el poder comunicacional detrás, lo que lo hace atractivo para muchos espíritus débiles. ¿Quién no desea comprar un auto por las dos terceras partes del valor que paga en la actualidad?

La áspera lección en este caso va más allá de la experiencia individual, algo con que se cuenta a la hora de computar consumidores satisfechos, y se refiere a la calidad del conjunto. En efecto, la transnacionalización de la economía argentina obligó a cerrar una multiplicidad de establecimientos que en determinado estadios de la tecnología no podían competir: no hubo aterrizaje suave, el que no se adaptó (léase bajar drásticamente el “costo” laboral y comprar maquinaria nueva aprovechando el premio cambiario del dólar barato) debió cerrar sus puertas. Así de duro es el lecho de la historia.

También en este slogan de la “apertura” hay curiosidades de la ideología. La economía argentina fue diseñada históricamente para ser proveedora de bienes agrícolas, es decir para producir para el mercado externo. Esa “apertura” no se tenía en cuenta ni estaba sometida a cuestionamiento. La apertura de marras era, no podía ser otra, la que consistía, lisa y llanamente, en bajar los aranceles aduaneros. Ese instrumento habría podido utilizarse con cuidado, ofreciendo al mismo tiempo a las empresas locales apoyo para su reequipamiento e incorporación de tecnología, algo que la propia Argentina puede producir, pero combinada con el dólar barato se convirtió en una tenaza mortal a la que sobrevivieron sólo los más afortunados o quienes obtuvieron ventajas especiales.

VII. El consumidor como rehén

¿Los derechos de los consumidores forman parte, siquiera fuese en alguna medida, de los derechos humanos? Acostumbrados como estamos a plantear los derechos humanos frente a violaciones graves de la libertad individual y la integridad física, puede parecer un asunto menor, puesto que se trata de cuestiones de muy diversa jerarquía valorativa. Sin embargo, no lo es desde el punto de vista de la calidad de la vida democrática entendida ésta como una fórmula de convivencia basada en la equivalencia de los ciudadanos.

Esto tiene que ver con el respeto a los seres concretos, por una parte, y con la vigencia de la ley, por la otra. Es decir, está implícita la cuestión de si existe o no un marco normativo que garantice a los miembros de una sociedad que podrán trabajar, trasladarse, expresarse, y ejercer sus derechos civiles. También están concernidas en esos derechos esenciales como es comer, vestirse, habitar una vivienda digna, tener acceso a servicios de salud. Estos son, diríamos, los derechos primarios, los que están primero en orden de la existencia.

Nadie ignora que la producción, salvo en cuestiones muy puntuales, se ha convertido en un fenómeno que protagonizan grandes compañías que producen a escala mundial. Cuando está en riesgo su prestigio como empresa o como marca, el consumidor es respetado, pero todos sabemos también que es difícil para personas aisladas que se reconozcan sus derechos en plenitud, cuando han sido desconocidos, si no hay estructuras estatales eficientes, solícitas, claramente abocadas a defender estos derechos cabalmente, reponiendo los bienes y/o servicios que correspondan y reparando el daño moral que pueden causar actuando desaprensivamente.

En una palabra, es una cuestión de calidad de vida y de desarrollo de la conciencia de los derechos que una sociedad alcanza. No sólo basta que existan leyes claras y protectivas de estos derechos, sino que se apliquen rápido y bien en instancias administrativas y judiciales.

Esta reflexión viene a cuento, y tiene entidad política cuando se trata de evaluar la función y eficacia de los entes reguladores que se ocupan precisamente de controlar el comportamiento de las corporaciones en materia de servicios públicos. Recientemente han revertido al Estado empresas concesionarias de agua corriente. Se trata de gestiones que han fracasado, desde el punto de vista de las empresas extranjeras, por no ser rentables y, desde el punto de vista de los consumidores y a la postre del propio Estado, porque no se garantizaban las inversiones necesarias para mantener y aumentar la calidad de los servicios.

¿Dónde ha estado el error, entonces? Muy probablemente en un cálculo equivocado sobre lo que esas empresas concesionarias podían brindar en un país como el nuestro. Es bueno anotar que no pocas de esas

concesionarias son en sus lugares de origen empresas estatales que logran su cometido aceptablemente, cobrando por los servicios lo que ellos valen y pudiendo cumplir con un plan de obras comprometido con el concedente para poder acceder a la concesión.

La diferencia está, en consecuencia, en el diferente grado de riqueza de ambos tipos de sociedades y en la distribución del ingreso. En efecto, pagar por el agua corriente lo que verdaderamente cuesta para un ciudadano de Lyon no implica sino una porción aceptable de sus ingresos. Hacer lo mismo es imposible en la Argentina, puesto que una tarifa realista es incobrable. No bien cayó la convertibilidad, las empresas prestarias de servicios públicos advirtieron que la ecuación económica sobre la que habían venido funcionando se había esfumado. Estaban advertidas de ello, de antemano.

¿Fue buen negocio para las concesionarias venir al país en las condiciones en que lo hicieron? Ciertamente. El dólar barato les garantizaba remesas importantes en relación a la inversión realizada. No debería extrañar que figuraran entre las más elevadas del mundo, en cuanto a utilidades a remitir a sus centrales. Pero era un negocio fugaz, típico de aquellos que se realizan de tanto en tanto en los “mercados emergentes”, eufemismo bastante estricto, dicho sea de paso.

El fin de esta ilusión sólo puede haber sorprendido a los inadvertidos o los creyentes ingenuos del modelo. Mientras la clase media acomodada viajaba entusiasmada a Miami a comprar electrodomésticos y visitar los parques de Disneyworld, se estaba consumando una gigantesca transferencia de recursos creados por el trabajo argentino al exterior, y no precisamente por esas compras y esos viajes, sino justamente por una relación de cambio que –ante todo– generó un negocio financiero de enormes proporciones. Transferir dólares a la Argentina, cambiarlos a pesos, colocarlos a plazo fijo (mientras los bancos prestaban sus excedentes al Estado), y recomprar más dólares para regresar a las seguras posiciones en las plazas financieras más sólidas, sin arriesgar nada, fue durante varios años una operación altamente rendidora que no aprovecharon en gran escala, desde luego, los “naturales” del país.

La pirámide de ingresos se ha “estirado” tan desproporcionadamente en la Argentina que los sectores cuya capacidad de consumo en dólares se vio sustancialmente mejorada creyó que su suerte había cambiado para siempre. No sólo ellos incurrieron en tal error, también lo hicieron, aunque por razones mucho más oportunistas, los organismos internacionales de crédito, habida cuenta que se estaban produciendo los negocios financieros mencionados. Ese “clima”, no exento de euforia y en apariencia moderno, que creó la convertibilidad generó también la idea de que estábamos en el “primer mundo”, o accediendo a él.

Y también para los sectores del trabajo, excluyendo a los que perdieron sus empleos, el salario medido en dólares indicaban una mejora, que

desde luego era temporaria⁴. La contrapartida (siempre hay una contrapartida cuando se producen violentos cambios en la distribución del ingreso) fue la caída de la ocupación y la profundización de la pobreza. La situación de pobreza estructural, aquella en la cual quienes la padecen no tienen acceso a los bienes materiales y culturales básicos que los hace ser miembros de la sociedad nacional, se instaló en los noventa y contra lo que algunos piensan sobre ello (que es un hecho definitivo), está planteado el desafío de reincorporación plena a través del trabajo, la educación y, también, con la toma de conciencia en el resto de la comunidad argentina de que quienes padecen esa condición son compatriotas que tienen iguales derechos, empezando por el alimento y el vestido.

VIII. El programa como proyecto común

Una cuestión compleja es que indudablemente existe una suerte de “ideología del progreso”, que admite tantas variantes como maneras de vivirla tienen quienes con ella se protegen. Se trata de una forma de eludir el desafío conciente de construir una sociedad distinta descargando en ciertos “principios” de pretendida validez universal la responsabilidad de que el conjunto social se desarrolle en equidad.

A modo de ejemplo citemos uno de los credos del liberalismo: en un marco de libertad, sin interferencias estatales, donde cada ciudadano es responsable por sí y todo depende de la iniciativa individual cada cual forja su propio futuro. Sencillo: quien no progresa es porque no quiere trabajar, o, en la versión más compasiva, porque no ha recibido la educación necesaria. Hasta allí llega el amor por el prójimo, a un reclamo de que se brinde un servicio educativo básico a todos, el resto depende de cada uno. Es fácil advertir cómo esta especie de coartada ideológica sirve hoy en la Argentina para que el reclamo de un cambio profundo no llegue a mayores.

Un proyecto común plasmado en un programa tiene que ver con el lazo esencial que une a los miembros de una sociedad determinada, en

⁴ Los “altos” salarios (medidos en dólares baratos) que caracterizaran la década del noventa sirvieron de pretexto para afianzar un prejuicio que se encuentra firmemente instalado en numerosos empresarios argentinos referido al “costo salarial” como principal variable de ajuste para adquirir “competitividad”, en lugar de apelar a la eficiencia organizativa y la incorporación de tecnología como principales vectores de este plausible objetivo empresario. Ya hicimos referencia a este prejuicio; complementariamente señalemos ahora que el salario es el principal componente de la demanda agregada, razón por la cual no resulta desproporcionado haber acuñado la consigna de signo nacional: “el salario es el mercado”, aportada por Rogelio Frigerio.

nuestro caso la comunidad argentina. Para decirlo en clave roussoniana: el contrato social.

Elisa Carrió viene insistiendo en la necesidad de restablecer el contrato moral entre los argentinos, en una propuesta que es frecuentemente descartada por genérica o poco práctica. Responde a una profunda necesidad de restablecer la moral pública, fuertemente dañada por un ciclo donde la corrupción se ha instalado en casi todos los niveles de la vida social, tanto públicos como privados, aún cuando afortunadamente no es un hecho general y único, pues persisten segmentos de la actividad estatal, de instituciones privadas, y conductas individuales que se rigen por criterios éticos de conducta.

Pero hay algo más profundo: el contrato mismo, el vínculo básico de aceptar vivir en una misma geografía y formando parte de una misma cultura. Ese contrato está roto o cuestionado por muchos ángulos, aun cuando no sea la voluntad de quienes protagonizan tales cuestionamientos: los que emigran, porque aquí no encuentran posibilidad de realizarse, los que se conforman con una sociedad fragmentada resignándose a vivir en barrios cerrados o en torres protegidas con seguridad privada, los que manipulan la pobreza e indigencia para obtener poder político, son actores de ese quiebre contractual. No todos ellos tienen las mismas responsabilidades, por cierto, pero forman parte del mismo fenómeno.

La respuesta de los sumergidos no puede ser más visceral, una vez destruido el lazo de pertenencia: desde el odio y la violencia a la mendicidad y el clientelismo, todas actitudes que profundizan la fragmentación existente. Las ciudades, modeladas por quienes viven en ellas y toman decisiones sobre su crecimiento (aun absteniéndose de tomarlas contribuyen por omisión a determinar el espacio urbano) son cada vez más testigos de esa ruptura de la sociedad argentina. Conviven, a veces separados por pocos cientos de metros, espacios de alta concentración de riqueza e inversiones inmobiliarias gigantescas, con villas o barrios degradados donde sólo imperan caudillejos muchas veces vinculados al tráfico de drogas. Es imposible no ver la profunda ligazón entre narcotráfico y miseria. Hace falta un Neruda que proponga, con la voz de este siglo, extirpar la pobreza “como el diente maligno que ha mordido el corazón del hombre”.

De modo que lo primero es proponerse reconstruir la sociedad nacional. Es una tarea de fuerte compromiso y alto nivel político, puesto que no puede hacerse sin un gran consenso. Ese acuerdo debe abarcar una mayoría cualitativa, pues sin una actitud a favor en los sectores acomodados se multiplicarán los gestos segregadores. En consecuencia, también tiene que estar llevado a cabo con una gran autoridad, la más legítima, la que surge del ejemplo y de la búsqueda de altos objetivos de integración social y cultural. Por ello es indispensable la reconstrucción de la política.

IX. La reconstrucción como ideología

No se trata de reconstruir la sociedad argentina de la generación del '80, en el siglo XIX, ni la de los sesenta, en el XX, dos modelos que en su momento fueron exitosos, cuando el país se asomó a la modernidad de su época. Tal proyecto sería anacrónico, pues el mundo ha cambiado sustancialmente. Se trata, en cambio, de reconstruir la unidad nacional, sobre bases completamente nuevas.

¿Por qué nacional, cuando se habla con tanta intensidad de uniones continentales o culturales?

Porque la base de la organización humana sigue siendo el Estado Nacional. Aún en Europa, donde el proceso integrador tiene solidez, consenso, y una gestación larga en el tiempo, los estados nacionales siguen expresando comunidades nacionales diversas y orgullosas de su entidad cultural propia. La Unión Europea no se hizo a costa de los estados nacionales sino sobre la base de una cuidada obra de relojería donde lo que se cede a la unidad siempre tiene la contrapartida de un fortalecimiento o compensación beneficiosa para el conjunto y para las partes.

La declaración de obsolescencia del Estado Nacional es, cuando menos, ligera y apresurada. Tanto como lo sería ir contra lo que aparece como una tendencia histórica de largo plazo: la creciente articulación de economías vecinas en unidades supranacionales que tengan ante todo criterios de promoción interior y protección hacia el exterior.

Ambos procesos parecen estar destinados a convivir: por un lado la necesidad de afianzar el estado de derecho, la forma de vida democrática y la resolución de las demandas sociales básicas, fenómenos a los que sólo puede dar respuesta una organización estatal de escala nacional, y por otro la conveniencia de producir para mercados mundiales y regionales, tal cual lo permite el estado actual de la tecnología y lo propicia el nivel de acumulación de capital existente.

Así como la integración continental tiene sus impulsores, muchos de ellos de buena fe, también es preciso que la erradicación de las injusticias y el cese de la fragmentación social sea una tarea prioritaria, que no puede descargarse en una autoridad superior, que aún no existe, que repare las sociedades duales. Es impensable que un comisariato sudamericano venga a resolver la condición de los sectores sumergidos del conurbano bonaerense, o se ocupe de dar trabajo e inserción social a los habitantes de las villas que rodean a Rosario, Córdoba o Mendoza.

Sólo una gesta de reconstrucción de las posibilidades de desarrollo de la Argentina es lo que puede convocar a todos los habitantes, incluso a los extranjeros residentes en el país. Otros objetivos parciales sólo interesarán a parcelas de la sociedad nacional.

La Argentina nació como un proyecto, localizado en una parte virgen del mundo, una tierra de promisión que convocó a quienes, en el mundo entero, quisieran venir a participar de una desafiante construcción colectiva. Parte de esa gesta original está inconclusa, y nada impide que la convocatoria se reitere. Es necesario hacerlo, pues los espacios vacíos deben defenderse con algo más que presunciones de soberanía.

Este objetivo de población, ocupación del espacio nacional y creación de riqueza es compatible con el fortalecimiento de un sólido mercado interno, que es la base de toda verdadera grandeza. ¿Nos animaremos a pensar en estos términos?

X. Papeles dibujados y programas reales

Planes y programas se han escrito muchos. La mayoría de los que se hicieron en periodos electorales tenían sólo por función convencer a la ciudadanía de que valía la pena depositar su voto en tal o cual candidato, aunque es un sobreentendido que el grueso de los votantes no define su apoyo por razones de ese tipo. O sea: es un tema viciado por ambas partes. Ni el candidato se siente obligado por lo que expone su plataforma ni el elector piensa que esas promesas serán cumplidas. Estamos hablando, por supuesto, en los grandes números, porque excepciones virtuosas siempre hay.

Luego están los planes de gobierno, elaborados por las oficinas de planificación, pues toda gestión que se precie tiene que tener una, más o menos jerarquizada. En algunos casos, llega a tener rango ministerial, en otros es apenas una pequeña repartición sobreviviente que se empeña en seguir haciendo planes.

Coloquemos estos intentos en el plano de las buenas intenciones de los gobiernos, que todos quieren triunfar y pasar a la historia. La cuestión es por qué no lo logran. Se ha insistido en la mala o pobre preparación de los gobernantes. Es una parte de la verdad, pero también es cierto que el gobernante no tiene que ser un experto en todo, sino alguien justamente capaz de dirigir a los expertos, de atender a la coyuntura y de actuar todo el tiempo en la dirección de un conjunto más o menos orgánico de objetivos superiores.

De las propuestas electorales a los planes tecnocráticos no hay tanta distancia, los temas son casi los mismos, los diferencia sólo una cuestión de estilo. En los primeros se busca seducir, en los segundos explicar lo complicado que será. De esto, hemos tenido bastante.

Luego, la realidad diaria, la pertinacia en la crítica de la oposición, las urgencias inesperadas (casi todas ellas previsibles), se ocupan de distraernos de lo fundamental, es decir, saber adonde vamos.

¿Habrá alguna forma de coincidir en un programa común, una base sólida sobre la cual construir la Nación Argentina del Siglo XXI?

La realidad parece pedirlo, por momentos en forma de grito. Las elecciones para constituyentes en la Provincia de Misiones, a fines de octubre de 2006, al rechazar la reforma constitucional propuesta por el gobernador Rovira, significaron un interesante test para comprobar que las grandes causas, cuando son claramente ofrecidas a la población, cosechan apoyo mayoritario. El electorado siempre tiene que optar entre lo que se le ofrece, la cuestión es, pues, qué se le ofrece.

Rápidamente el arco opositor al gobierno de Néstor Kirchner salió a señalar lo obvio, al unísono, que la oposición puede vencer si se unifica –mensaje indispensable para seguir existiendo como alternativa– y que eso es *de hecho* muy difícil de lograr, es decir que no se propone cambiar su conducta.

De nuestro pasado reciente extraemos dos experiencias sobre las cuales vale la pena reflexionar, en cuanto a la elaboración de un programa común. Por un lado, el que en 1981 elaboró la Multipartidaria (conjunción de los cinco partidos que entonces se suponía representaban al 80 ó 90 % de la opinión pública) para reclamar cambios al gobierno militar, empezando por el restablecimiento del sistema democrático; y por otro, el resultado de lo que se llamó el Diálogo Argentino, en 2002, durante la gestión de Eduardo Duhalde luego de la crisis institucional que generó el agotamiento del modelo de la convertibilidad, evidente durante la última etapa del gobierno de Carlos Menem, pero que Fernando De la Rúa se empeñó en mantener. En este último caso, es importante hacer notar el compromiso activo que tomó la Iglesia Católica, acompañada de otros credos (tal como ocurrió en Misiones, anótese de paso), en el relevamiento de las demandas sociales.

Por cierto que existen diferencias entre ambos episodios históricos, pero ambos tienen en común que cuando la crisis aflora (en 1981 para que se fuesen los militares y en 2001 para que se fueran todos) el reflejo es de buscar coincidencias. Es imposible no ver allí una reserva de energía nacional que es difícil de encontrar en acto, salvo esas coyunturas históricas especiales y hasta dramáticas.

El programa de la Multipartidaria exigía a los militares, además de convocar a elecciones, empezando por reconstruir los padrones de ciudadanos en condiciones de votar, el cambio de orientación de la economía, que entonces había llevado al país a la asfixia de las actividades productivas y al mismo tiempo degradado el salario.

La acción irresponsable de la conducción militar y del gobierno, de realizar la invasión a Malvinas, además de llevar al país a una derrota militar y alejar por mucho tiempo la recuperación de las islas por la vía diplomática, también abandonó en el camino al programa de la Multipartidaria. Y esto ocurrió porque con la derrota el gobierno de facto

perdió lo que quedaba de su ya precaria estabilidad y sólo podía llamar a elecciones y entregar el poder a los civiles, quienes, ante la expectativa de competir por el poder, se *olvidaron* de reclamar el cambio en la orientación económica y social.

Es que la aventura de Malvinas no fue resistida por la mayor parte de la Multipartidaria. De hecho, la clase política, representada por esa convergencia de agrupaciones políticas, actuó entonces en forma oportunista y acompañó la euforia de esos días, tan carente de fundamento como apasionada y generosamente vivida por el pueblo. Las vidas que costó, tanto más dolorosas cuanto inútil fue esa operación militar, permitió mostrar el patriotismo de nuestros soldados y puede leerse como una *potencialidad* que anida en las diversas clases sociales favorable al afianzamiento de la condición nacional en todos los aspectos.

Ya que hacemos referencia a un pasado lacerante anotemos también que fue gracias a una acción especial de la Iglesia (el Papa Juan Pablo II visitó la Argentina antes de que se produjese la previsible derrota militar) que se crearon las condiciones para que brotara, otra vez, el reclamo genuino que había sido silenciado por una operación totalitaria en los medios de comunicación. El inmenso clamor de esos días y que se escuchó al finalizar la misa en Palermo (¡Queremos la Paz!) tenía toda la fuerza de un programa esencial.

XI. Metodología para forjar un programa nacional

Habiendo hecho la crítica de las propuestas electorales (que paradójicamente son en general plausibles) y de los planes de mediano y largo plazo formulado por oficinas técnicas del gobierno, corresponde preguntarse sobre cómo puede hacerse un programa común, programa mínimo o programa nacional, a secas.

Por lo pronto, habría que independizarlo de las elecciones. El horizonte del Bicentenario aparece como atractivo en este sentido, porque no es inmediato y tampoco lejano. Está allí, al alcance de la mano. Lo ideal hubiese sido que el Bicentenario se tomara como meta, para llegar a él en condiciones sustancialmente distintas, pero eso habría que haberlo planteado en las elecciones de 1999, que estuvieron condicionadas por mezquindades abismales, tanto en el gobernante saliente como en el conjunto de opinólogos que, aun a sabiendas de que la convertibilidad no daba para más, no ayudaron a crear un clima favorable a su superación ordenada.

Ahora puede plantearse el Bicentenario como la fecha en la que esté asumida y en marcha una plataforma común, un diseño de país acorde a las actuales exigencias mundiales, con alta productividad, con una población integrada y donde los más débiles sean efectivamente ayudados a

superarse y paliar su condición y, sobre todo, que sus hijos tengan las mismas oportunidades que el resto. Sería una revolución, aunque se haga en paz.

No siendo tema de compulsión electoral (que en las actuales condiciones está condicionada por la puja de la caja gubernamental y en la que se utilizan todos los medios al alcance para obtener la victoria o no ceder demasiadas posiciones en la derrota) el programa básico puede plantearse en torno de metas universalmente compartidas.

Debe incluir como condición básica una perspectiva favorable para todos los grupos sociales, y por lo tanto tiene que tener una perspectiva dinámica de la economía, favoreciendo la inversión y la producción, con especial énfasis en las actividades que incluyan y capaciten mano de obra; expresar una visión generosa de la política, apostando a la capacitación de los futuros dirigentes, puesto que debe elevarse sustancialmente el nivel actual de la dirigencia; y debe transmitir una concepción sustancialmente democrática, donde cada miembro de la comunidad tiene sus derechos y que serán respetados, en primer lugar por el Estado, que se ocupará de velar por ellos. La contrapartida es una exigencia de cumplimiento de los deberes ciudadanos sin los cuales no hay sociedad alguna que pueda funcionar: el respeto y cumplimiento de la ley, una mejora sustancial del Poder Judicial para corregir sus debilidades, y una actitud fraternal y de amplia cooperación con los países vecinos y hermanos, en todos los cuales hay idénticas exigencias de integración social y calidad institucional.

La elaboración de un programa común de reconstrucción de las posibilidades nacionales de la Argentina, (que son abundantes a condición de dar los pasos correctos, puesto que no vienen automáticamente), tiene tanto un aspecto *arquitectónico y técnico*, como un aspecto específicamente político y participativo, que implica sumar voluntades, comprometer apoyos, limar diferencias y rescatar lo esencial por sobre todo lo contingente.

Allí es donde la ideología se vuelve enemiga del proceso de elaboración del programa común, porque ella no admite –por su propia naturaleza– la desagregación de sus partes y su articulación a un esquema regido por posibilidades racionales. De allí que hayamos sostenido al comienzo de este capítulo que hace falta tanto una ideología como un programa de desarrollo nacional consensuado. Nos referimos a la ideología positiva de construcción y de participación que deberá neutralizar todas las desviaciones y ataduras que tienen las corrientes ideológicas vigentes en el país.

Hay que dejar de lado, siquiera fuese durante el período de reconstrucción, tanto las premisas congeladas de la izquierda como las presuntas verdades de sentido común que pregona el liberalismo. Hay que decidirse a superar todas las visiones “facilistas” que alimenta el populismo (por ejemplo en materia de distribucionismo) y hay que admitir que no hay

verdadera democracia si no están incorporados y sobre sus pies los sectores que ahora están sumergidos, suministrando camada tras camada a la delincuencia organizada o aislada.

El programa debe ocuparse de las cuestiones fundamentales que están pendientes de solución, sobre la base de algunos ejes bien claros: aliento a la producción y el trabajo (lo cual supone apostar a salarios en alza), fuerte integración social de los sumergidos en labores dignas, cese del clientelismo político (que manipula más cautivos que clientes), transparencia financiera de las campañas políticas, fortalecimiento y reforma de la Justicia, profesionalización, capacitación y equipamiento de las fuerzas de seguridad, recuperación de las fuerzas armadas sobre la base de su modernización, amplio apoyo a la ciencia y la tecnología y premio impositivo a su incorporación a la producción, y así sucesivamente. Esta enumeración no es completa, sino a lo fines de mostrar que se requieren objetivos claros para poder luego, en la fase *arquitectónica* que debe combinar medios y fines, se formulen las acciones concretas que garanticen su cumplimiento.

XII. El relevamiento ya está hecho

Tanto las labores del Diálogo Argentino como las que desde el ambiente universitario se gestaron en torno del Plan Fénix aportan una masa importante de información sectorial. Se deberán actualizar tal vez algunos indicadores o corregir alguna apreciación que en los últimos dos años haya modificado determinada tendencia económica, pero no es necesario empezar todo de nuevo. El estado en que se encuentra el país es conocido y también dónde están los principales problemas.

Ahora es el momento de trabajar sobre todos esos datos para lograr una formulación sencilla, clara, completa y verdaderamente esencial de los asuntos fundamentales que el país tiene entre manos durante los próximos años.

No puede ser una tarea elitista, sino una virtuosa combinación de labor técnica y visión de alta política y no puede quedar sólo en manos del gobierno o de la oposición. Necesariamente debe constituir un acuerdo, una base para todos los sectores del país, tanto políticos como sectoriales, confesionales, universitarios y culturales.

Como la lucha política se basa en la competencia, este acuerdo de base, el programa común, deberá ser lo suficientemente acotado como para que incluya sólo los aspectos esenciales, aquellos sobre los que hay consenso en que deben resolverse y que no puede ser mérito de unos u otros, sino de todos.

Las condiciones económicas son extraordinariamente favorables, como no lo han sido en las décadas anteriores. Enumeremos brevemente: abultado

superávit fiscal, elevadas reservas de divisas, tipo de cambio competitivo que favorece tanto las exportaciones como la actividad interna, y en el plano externo, altos precios para las principales commodities que exporta la Argentina y disponibilidad de capitales para la inversión. Sin embargo hay una fuerte restricción por el lado de la producción energética, tanto en lo que hace a la generación eléctrica como a la producción de crudo y gas, que declina marcadamente. 2008 ha sido señalado por los especialistas como el año que será más difícil en esta materia y allí es donde tiene el cuello de botella la actual administración.

En la perspectiva del Bicentenario, el objetivo que resulta más plausible es de crear las condiciones para que la inversión en energía se adelante a la curva de la demanda que seguirá, si todo va bien, siendo ascendente. Con el panorama que tenemos en materia petrolera, ciertamente complejo, será necesario apuntar a grandes proyectos tanto nucleares como hidroeléctricos.

Justamente las grandes obras fueron siempre estigmatizadas desde la visión liberal como “faraónicas”, visión que no ha desaparecido del todo y cada tanto aflora como un sustrato pútrido que habrá que terminar alguna vez de extirpar como otras tantas rémoras ideológicas que hibernan y reviven a lo largo del tiempo. Se ha llegado a afirmar, sin rubor, que las dictaduras suelen dedicarse a las grandes obras como parte de su deformidad, cuando debiera ser exactamente al revés: los pueblos que se esfuerzan por mejorar sus estándares de vida y de cultura siempre han sido proclives a grandes emprendimientos tomados como gestas nacionales.

Todo aquello que tiene como mensaje subyacente el hecho de que no debemos empeñarnos “antinaturalmente” en hacer el desarrollo está infectado de ese lazo con el país pequeño, país para pocos, país con menos dueños...

XIII. La dimensión ambiental

Durante el siglo pasado la dinámica de las grandes ciudades y la producción industrial impactaron fuertemente sobre el ambiente, así como en el XIX el mundo colonial depredó recursos naturales en diversos continentes.

Hoy, ya bien entrados en el Siglo XXI, no es posible planear el desarrollo sin tener en cuenta ese impacto. Forma parte por derecho propio de todo proceso que modifique el ambiente humano y el mal llamado “entorno natural” pues ya no se trata de una denominación estricta para la mayor parte de las zonas no urbanizadas del globo. Sólo en algunas regiones y países siguen existiendo parajes relativamente similares a como

eran antes de que la presencia humana se hiciera notar con medios técnicos de alta incidencia sobre el terreno.

Este hecho ha dado lugar a la aparición de una ideología conservadora, fuertemente elitista y con gran capacidad de influencia política. Sus portavoces se conducen de modo plenamente conciente de su poder y emplean modernas técnicas de comunicación con mensajes de apariencia justiciera y con denuncias que tienen todo el formato de un sólido respaldo científico.

Identificar este fenómeno es importante a los efectos del planteo sobre el programa nacional, porque en sus formulaciones hay una fuerte carga antiindustrialista y específicamente antinuclear. Es imposible no ver, en consecuencia, la coincidencia de tales planteos con los que promueven ciertos centros de poder mundial.

Es evidente para los analistas más serios que las dificultades para abastecer al mundo de energía en el mediano plazo sólo podrán ser atenuadas recurriendo a la generación de origen nuclear. Hay una revisión en ese sentido aun en los países que habían renunciado a construir nuevas centrales atómicas, como es el caso de Alemania, que no dejaba de surtirse, llegado el caso, de electricidad generada en Francia con ese origen.

La Argentina tuvo un notable desarrollo nuclear cuya declinación ha coincidido, lamentablemente, con el proceso democrático desde 1983. Quizás en la dirigencia política de la restauración institucional estaba la confusión o el prejuicio sobre el tema atómico, pero ciertamente el programa nuclear sufrió de gruesos frenos durante los 90.

Se perdió un tiempo precioso al respecto, se pagaron fuertes sumas en mantenimiento de instalaciones y obras sin terminar (Atucha II, por caso, cuya inauguración se prevé ahora para el 2010) y se paralizó la investigación y los desarrollos tecnológicos de la industria nuclear en particular. Ahora, cuando las decisiones oficiales han revertido formalmente esos desatinos, recuperar lo perdido parece imposible. Brasil hizo lo contrario, y hoy tiene un desarrollo remarcable en este sector.

Pero el obstáculo ideológico existe y el "lobby" antinuclear está muy activo. Y es un debate que tiene que ver con un aspecto esencial del programa común: si la Argentina va a tener o no autonomía y abundancia de oferta energética, tal como es indispensable para que su crecimiento no se detenga y se transforme en verdadero desarrollo. Para que esto ocurra, la rama nuclear tiene que tener un despliegue más vigoroso que el actual.

Parte del debate ideológico sobre la energía establece presuntas preferencias para las tecnologías menos "potentes" como la producción doméstica de etano, el aprovechamiento eólico o geotérmico, solar, sin olvidar el atajo de los biocombustibles, etc. Todas son formas plausibles de obtención de energía y algunas de ellas han logrado desarrollos notables, resolviendo problemas en poblaciones aisladas, cambiando la vida

de personas que antes no podían disponer de una heladera o un televisor. Cuando estas tecnologías se plantean para generación de energía a una escala mayor, susceptible de alimentar poblaciones de tamaño más considerable y abastecer a la industria, muestran su carácter complementario de una infraestructura energética convencional.

Para asegurar un nivel de vida aceptable a toda la población, la producción energética es prioritaria, y dentro de ella la nuclear no puede omitirse. Si en nombre de la preservación del ambiente se desenvuelve una oposición a este tipo de generación, se está actuando para impedir tal desarrollo y en consecuencia se hace el juego al mantenimiento de un orden mundial desigual donde los pueblos atrasados no deben salir de esa condición.

La sustancia filosófica de la cuestión ambiental es mucho más interesante que esta mera historia de ideologías con engarce “global”. Slavoj Žižek se refiere a la “tentación totalitaria” que hay detrás de cada intento de supresión de la dialéctica hombre-naturaleza o cultura-naturaleza⁵. Dice que “el hombre en cuanto tal es la ‘herida en la naturaleza’, no hay retorno al equilibrio natural. Para estar en conformidad con su entorno, lo único que el hombre puede hacer es aceptar plenamente esta fisura, esta hendidura, este estructural desarraigo, tratar en la medida de lo posible de remendar después las cosas. Todas las demás soluciones –la ilusión de un posible regreso a la naturaleza, la idea de una socialización total de la naturaleza– son una senda directa al totalitarismo”.

Con el uso, las palabras amplían su sentido aunque muchas veces pierden carácter unívoco. Esto le ha pasado al concepto de “desarrollo”, sin duda, tan tironeado por las ciencias sociales como por la propia biología antropomórfica. Ahora, para intentar volverlo específico se le agregan calificativos. Antes era “económico”, luego fue “social” y siempre tuvo la aspiración de ser “integral”, pero “sustentable” es un hallazgo, una verdadera bomba de tiempo puesta dentro del propio enunciado. Si deseamos un desarrollo “sustentable”, es que hay otro que no lo es, y resulta por lo tanto indeseable, y hay que evitarlo. Es una trampa en la que caen, como siempre, algunos pensadores de buena fe.

Desarrollo sustentable es políticamente correcto, porque no hace daño, se sostiene a sí mismo, es equilibrado y admisible, con lo cual se completa el alejamiento del concepto original. Porque *desarrollo*, en sentido pleno, es justamente lo que necesitamos, bien diferente del mero crecimiento que puede convivir con bolsones de pobreza y que puede implicar prosperidad para ciertos segmentos de la economía y estancamiento o retroceso para otros, tal como ocurrió en el modelo de la convertibilidad en los años 90. Si con “sustentable” se quiere poner condiciones al desarrollo, se está

⁵ Slavoj Žižek, “El sublime objeto de la ideología”, *Siglo XXI, Bs.As., 2003*, pág. 28.

obstaculizando la comprensión de algo más que un concepto. El desarrollo es “sustentable” o no es. La arbitrariedad de su uso sinonímico con “crecimiento” está muy a la vista en nuestros días y las diferencias son frecuentemente remarcadas. En los '80, Raúl Alfonsín lo ligó a “modernización” pero éste era un anacronismo que atrasaba casi un siglo.

XIV. En conclusión

No podemos prescindir de la ideología. Ella nos confunde, es cierto, pero también nos simplifica la vida y en cierto modo nos permite vivir sin tener que estar indagándolo todo hasta las últimas consecuencias.

Lo importante es que aprendamos a reconocerla, como se reconoce el vino malo respecto del bueno al degustarlo. La metáfora del vino es útil con la ideología, porque muchas veces viene en barriles nuevos la agria mercancía de siempre, la que insiste en que nos adaptemos a nuestra condición de país periférico.

Hay, ciertamente, una lucha ideológica, pero ella ocurre en el plano simbólico. Donde siempre hay vencedores y vencidos es en el terreno áspero de los hechos, donde han prevalecido en las últimas cuatro décadas las políticas que intentan convencernos que debemos ser “pobres pero honrados”, cuando ello es un imposible ontológico en la realidad social y cultural actual.

Si esa lucha existe, no podemos dejar de librarla, desnudando todas las medias verdades que se presentan como absolutas y mostrando en el despliegue de las diversas propuestas, por seductoras que ellas sean, sus consecuencias prácticas para cada uno de los argentinos. El caso arquetípico es el que sostiene que el futuro del país es la producción agropecuaria y en el mejor de los casos la exportación de productos de ese origen, cuando a poco de analizarlo resulta claro que con ello no tendría trabajo la mitad de la población, y que sin una vigorosa industria que suministrara agroquímicos, maquinaria, energía, medios de transporte, infraestructura y biotecnología, sería imposible expandir sustancialmente sus volúmenes exportables.

Sin perjuicio de la lucha ideológica, que en gran medida se confunde con la lucha política misma, el gran antídoto es el programa nacional. Nadie tiene que vencer ni ser derrotado en su elaboración y puesta en práctica. Será una victoria de todos, a la que se opondrán sólo los pequeños grupos vinculados a los negocios de importación y a las transacciones financieras internacionales que han utilizado y utilizan a la Argentina como banco de operaciones y pruebas. Esos grupos son pequeños, es verdad, pero tienen un poder enorme y determinan políticas, leyes, publicaciones y no pocos eventos de naturaleza “académica”.

Están allí, sólo hay que desenmascararlos. Y la mejor manera es confrontarlos con un programa que beneficie a todos los habitantes y a aquellos hombres y mujeres de otras geografías del mundo que quieran sumársenos.